

Ganador categoría Infantil

Robin Hood y el dragón

Hace mucho tiempo había un niño que se llamaba Robin Hood, que vive en un castillo y que por la noche se iba a su casita del árbol. Un día se enfrentó a un dragón, que resulta que estaba herido, pero Robin Hood lo curó y se hicieron amigos y abrieron un restaurante.

Jorge

Ganador categoría Juvenil

El misterio del tesoro canario

Me presento, soy Samuel de Luk, tengo 15 años y mi sueño es resolver puzzles y encontrar tesoros piratas. Mis padres me abandonaron al nacer y desde entonces vivo en casas de acogida; pero recientemente he sido trasladado a un antiguo monasterio, pese a ser acogedor y tranquilo, a mí me tachan de rebelde, o de nervioso entre otras cosas, simplemente por mi personalidad.

Mi rutina es algo aburrida; levantarme, desayunar y buscar entretenimiento e inspiración en los antiguos objetos del monasterio. Pero estas reciente semanas estoy siguiendo el rastro a una antigua embarcación del siglo XVIII que zarpó de las Islas Canarias hacia un lugar desconocido; un sitio que los capitanes de la expedición llaman el Divino Paraíso. Está documentado que en el Divino Paraíso era donde los piratas y altos mandos resguardaban sus pertenencias de más valor y donde reposaban en sus mejores vacaciones.

Por ello mi idea es descubrir el Divino Paraíso, hacerme con todas esas riquezas y escapar de esta pobre y humilde vida.

Mi amiga, la monja María, que presume de ser mi monja favorita, me ha dicho que habrá una interesante exposición de antiguas reliquias del siglo al que sigo la pista. Este evento, del que María me mantiene informado, se celebrará el próximo mes en unos pequeños mercadillos cercanos a mis humildes lares.

Querido diario:

Ha pasado una semana desde que María me confió datos que no debería saber, ya que se supone que es un evento sorpresa juvenil dirigido a introducirnos en los misterios y locuras poco investigadas de la Edad Moderna; pero bajo mi manga asoma la oportunidad, el deseo y las ganas de llegar al fondo del asunto, ¡quiero desvelarlo, necesito despedazar el puzzle en pequeñas piezas para llegar al final del problema!

Buenos días, diario:

Hoy por la tarde ya va a ser la hora de ver con qué misterios e intrigantes sorpresas nos salen los organizadores. Ahora mismo estoy en vilo y *superintrigado*; veremos esta tarde cómo continúa la cosa...

A las 17:30 vinieron a por nosotros, qué impaciente me encontraba...

Ya en las calles, viendo y rebuscando entre tantos trastos antiguos, lo encontré, mi misterio, mi problema, ¡mi historia a desenlazar! Lo escondí cuanto pude y robé cuanto conseguí.

Estaba decidido, con las pistas y uniones que cogí prestadas, volaría a Canarias, a por el tesoro pirata, pero había un pequeño detalle que no había tenido en mente hasta ahora, sigo siendo menor, no puedo viajar a ninguna parte yo solo. Por ello continué hablando con María, la confesé cuanto sabía, lo que descifré y la posible ruta que había descubierto. Le otorgué todo lo que tenía, y al no poder hacer yo nada más por el caso, acordamos que fuera ella quien fuera a por el Divino Paraíso, lo encontraría y dividiríamos todas las ganancias.

Fue ella quien voló, unió y terminó de descubrir el Divino Paraíso; yo, por mi parte, vi en las noticias, periódicos y papeles de todo tipo el gran hallazgo; solo podía pensar en su regreso, en la vuelta, en mi nueva vida.

Pero ese día nunca llegó, María guardó el logro y mérito todo para ella; aprovechó y exprimió por completo mis habilidades y traicionó por completo nuestra relación y amistad.

La humilde cura vivió una larga y apasionada vida de lujos; mientras que yo solo viví el sueño en tercera persona y no conseguí destacar en nada, en resumen, Samuel de Luke vivió una rutinaria vida humana completamente normal.

Leonardo

Ganador categoría Adultos *La biblioteca de Hawthorne House*

—¡Mamá, el abuelo es un plasta! —protesté, cruzándome de brazos mientras observaba cómo la nieve golpeaba los cristales de Hawthorn House—. ¡El abuelo Barry siempre me está llamando para que vaya a esa estúpida biblioteca a ayudarlo a escoger un libro, como si no tuviera nada mejor que hacer!

Mi madre, para sorpresa de nadie, me dio un capón en la nuca (en esta casa no se admite ese vocabulario). Me miró con esa mezcla de resignación y paciencia que me hace sentir que siempre estoy exagerando.

—Owen, solo está intentando compartir algo que le gusta contigo. Algún día lo entenderás...

Yo ni lo entendía ni quería entenderlo. Los libros para mí eran solo reliquias polvorientas de gente aburrida que necesita escribir lo que piensa.

—EVE —dije en voz baja desde el pasillo—, inventa una historia de piratas que encuentran un tesoro en Marte.

La voz suave de la casa respondió casi al instante.

—Historia generada. ¿Prefieres versión corta, aventura larga o final sorpresa?

Sonreí. Así funcionaban las cosas ahora. Si quería una historia, la pedía. Si tenía una pregunta, la hacía. No hacía falta perder tardes enteras buscando en un montón de páginas amarillentas. Los niños ya no teníamos que imaginar mundos, solo teníamos que pedirlos.

En los sesenta, que no los antiguos sesenta, todo el mundo tenía una «EVE» en casa. Se podría decir que era una especie de compañero silencioso, más confiable que cualquier amigo y más obediente que cualquier sirviente. Desde hacía tiempo la escuela —y, en general, la vida— funcionaba de forma distinta, o al menos eso decía mi familia; yo no había conocido otra cosa.

Más obligado que por voluntad propia, finalmente crucé el largo pasillo que comunica el cuarto de estar con la biblioteca del abuelo. En el ambiente ya se percibía ese aroma a madera antigua y a té con pastas recién hechas que la señora Grace preparaba rigurosamente a las cinco.

Ahí estaba él, rodeado por esas estanterías infinitas, sentado en su sillón de cuero desgastado, con una pluma en la mano, un libro abierto sobre las rodillas y esa sonrisa tranquila que a veces me da ternura y otras irritación.

—Ah, Owen —dijo—. ¡Justo a tiempo! Tengo algo que te va a gustar.

Mi abuelo se levantó del sillón y caminó con ese paso rítmico y a la vez pausado

que le caracteriza hasta la estantería más alta. Fue deslizándose sus dedos por cada lomo; yo casi diría que era como si escuchara un susurro de cada libro. Finalmente extrajo uno rojo y desgastado, de terciopelo, con unas letras doradas que yo era incapaz de descifrar.

—Creo que te gustará —dijo, devolviéndome una sonrisa.

Colocó el libro sobre la mesa y entonces ahí pude descifrar su título. «*Cómo enseñar a los peces a no perderse*».

Yo cada vez estaba más perdido, ¿Qué quería ahora mi abuelo?, ¿darme clases de biología? Para eso ya estaba la señorita Hazel.

Mi abuelo abrió el libro y a mí solo se me ocurrió reírme. No me reí de él —yo le tenía mucho respeto—, me reí

de lo absurdo de la imagen: peces confundidos, caminos imposibles, nada de texto... ¿qué podía enseñarme algo así?

Es más, todavía me hacía reafirmarme más en la idea de que los libros no sirven para nada: EVE seguramente hubiera podido resolver ese conflicto en segundos sin necesidad de perder tanto el tiempo. Además, según todos los adultos, tampoco es que estuviéramos precisamente para desperdiciarlo.

Si algo caracterizaba a Barry era la paciencia. A pesar de que podía observar perfectamente que yo no estaba prestando mucha atención —y tampoco trataba de disimularlo— siguió pasando hojas lentamente. Señalaba con el dedo algunas

ilustraciones y en su expresión se podía ver que le estaban diciendo algo, no sé, como si respondieran a una serie de preguntas que solo él conociera.

Yo, ya aburrido, me atreví a preguntarle:

—¿De verdad crees que este libro puede enseñarme algo? Ni siquiera tiene información para poder responder a nada. ¡Esto es absurdo y una pérdida de tiempo!

Mi abuelo levantó apenas la vista del libro.

—Los libros no te dan respuestas —dijo con calma— te enseñan cómo encontrarlas.

Fruncí el ceño. ¿Cómo podían enseñarme algo si ni siquiera era capaz de entenderlos? ¿Qué veía él en esas historias que yo no podía ver?

Era absurdo.

Me quedé unos segundos mirando el libro sobre la mesa. Los peces seguían allí nadando sobre esos caminos de líneas torcidas e imposibles. Mi abuelo continuaba pasando páginas con la calma de siempre.

—Bueno... creo que ya he tenido suficiente biblioteca por hoy —murmuré, levantándome del sillón.

Por el raballo del ojo vi a mi abuelo levantar la vista por encima del libro, no parecía decepcionado ni enfadado, solo curioso.

—Las respuestas no siempre aparecen cuando uno quiere —dijo con tranquilidad—. A veces necesitan un poco de tiempo.

No respondí. Sinceramente, tampoco tenía muchas ganas de seguir escuchando frases misteriosas.

Salí de la biblioteca y recorrí el pasillo en dirección a mi habitación. La casa estaba en silencio, salvo por el leve crujido de la madera y el sonido de la nieve acumulándose contra las ventanas.

—EVE —dije al entrar en mi cuarto—, ¿qué hora es?

—Las nueve y diecisiete —respondió la voz suave desde algún lugar del techo. Perfecto. Todavía tenía tiempo de sobra para dormir bien.

Me dejé caer sobre la cama, cosa que si mi madre hubiera visto sería motivo de castigo. Desde allí podía ver el reflejo de la nieve iluminando el jardín de Hawthorn House.

Por alguna razón la frase de Barry seguía dando vueltas en mi cabeza.

—Puf —exclamé, y me giré hacia la pared.

Apagué la lámpara y me metí bajo las sábanas cual oruga en su capullo. El viento soplaba suave contra las ventanas y la casa parecía más silenciosa que de costumbre.

Poco a poco el sueño empezó a vencerme. No sé cuánto tiempo pasó.

La casa seguía en silencio y el viento seguía empujando la nieve contra las ventanas cuando algo me despertó.

Al principio pensé que era el viento, las vigas de Hawthorn House de vez en cuando nos deleitaban con una especie de orquesta nocturna digna de un concierto de Tchaikovsky.

De todas formas, esta vez era distinto.

Mi habitación estaba a oscuras, solo iluminada por el reflejo de la nieve. Durante unos segundos me quedé quieto, escuchando.

El zumbido volvió a oírse y me levanté sobresaltado.

—¿EVE? —murmuré con voz dormida.

No obtuve respuesta, y eso sí que era raro, EVE siempre respondía. Quizá se había ido la luz.

Aparté la manta y bajé los pies al suelo frío de madera. El sonido parecía venir del pasillo, así que asomé la cabeza con cuidado y me dispuse a ver qué pasaba.

Algo no encajaba.

Al principio no supe decir qué era exactamente.

El pasillo era el mismo de siempre: suelo de madera, paredes infinitas, el gran ventanal del final. Sin embargo, el silencio era distinto, era como si de la casa hubiera desaparecido algo importante.

Avancé esperando ver la puerta de la biblioteca al final, como siempre, pero cuando llegué algo me detuvo en seco.

La biblioteca no estaba, en su lugar había una pared completamente lisa. Fruncí el ceño.

—Eso es raro...

Di unos pasos hacia atrás mirando a ambos lados del pasillo. Aquella era exactamente la puerta que llevaba a la biblioteca del abuelo.

De repente, una luz suave se encendió en el techo.

—Puedes formular tu pregunta —dijo una voz tranquila. La reconocí al instante.

—¿EVE?

La voz respondió con la misma calma de siempre.

—Sistema central activo.

Miré alrededor.

En el centro del cuarto de estar, donde normalmente estaba la mesa baja y la alfombra que tanto cuidaba la señora Grace, ahora había una estructura metálica alta llena de paneles luminosos.

Las luces parpadeaban lentamente, como si respiraran.

Cuando me fui acercando a la extraña estructura pude ver con mayor claridad como esos paneles se apagaban y encendían causando ese zumbido que me había despertado.

—Puedes formular la pregunta —repitió la voz.

Miré a mi alrededor.

La casa estaba llena de gente que no recordaba haber visto antes. Iban caminando despacio, como pensando en asuntos importantes. Algunos se detenían frente a esa extraña cosa y le preguntaban:

—¿Qué debo hacer mañana?

—¿Cuál es la decisión correcta?

—¿Cuál es la mejor opción?

La máquina respondía al instante, precisa, clara y perfecta.

Sin embargo, era raro, nadie parecía hablar entre sí. Nadie discutía, nadie se equivocaba, nadie se detenía a pensar demasiado... Simplemente preguntaban y seguían caminando.

Ya incomodo por la situación, intenté volver a mi misión inicial:

—EVE —pregunté—. ¿Dónde está la biblioteca?

Por un momento todas las luces pararon de golpe.

—Biblioteca, elemento innecesario.

¿Innecesario? Tiene gracia, yo hasta hace unos segundos pensaba lo mismo, pero aquí estaba intentado buscarla. No sabía por qué todavía, pero esa respuesta no me había gustado nada.

—Toda la información puede ser proporcionada directamente.

Miré otra vez hacia dónde debería estar la biblioteca de mi abuelo.

La pared blanca seguía allí, silenciosa, vacía.

Di media vuelta dispuesto a volver a mi habitación, total, al final esa maldita biblioteca no me había gustado nunca y percibía que no iba a traer más que problemas.

Ya casi llegando a mi habitación algo me llamó la atención. Un pasillo estrecho se abría entre dos paredes que comunican el cuarto de estar con la cocina. No recordaba haberlo visto nunca, era oscuro y parecía mucho más antiguo que el resto de la casa. La curiosidad pudo al sueño y caminé hacia él.

Mis pasos resonaban en el suelo a medida que avanzaba, pero casi no percibía el zumbido de esa extraña máquina. En su defecto, ahora todo era silencio.

Al final del pasillo había una puerta de madera oscura, distinta al resto de la casa.

PROHIBITED - MEMORIES INSIDE

Tragué saliva. «Seguro que no pasa nada», murmuré. Soy de natural curioso. Miré hacia atrás. Algunas personas seguían pasando delante de la máquina, pero nadie prestaba atención al pasillo y eso me dio valor.

Giré el pomo. La puerta se abrió y un crujido inundó la habitación.

Al principio pensé que estaba vacía, pero a medida que me iba adentrando me di cuenta de que no lo estaba en absoluto.

Había libros. Muchísimos.

No estaban ordenados, yo solo pensaba que como lo viera el abuelo ardería en cólera. Algunos estaban torcidos, otros apilados en las mesas, en sillas e incluso en el suelo. Había montones, como si alguien hubiera tratado de esconderlos de prisa.

La verdad es que diría que la habitación olía raro, pero tampoco era desagradable.

Me acerqué a uno de los montones de libros. Pasé la mano por uno de ellos, salió una nube de polvo.

Cogí uno al azar, las páginas hacían ese ruido seco cuando las abrías despacio. Parecía frágil.

Abrí el libro por la mitad.

La verdad es que al principio no pensé. No pasaba nada, solo palabras.

Por un momento algo cambió, no sabría explicar exactamente cómo.

Las palabras no se movieron ni nada raro, pero de repente me vi metido dentro de la historia. Había un niño perdido en un bosque, intentando encontrar el camino a casa. No sabía qué camino escoger, si seguir el río, subir la colina o esperar a alguien.

Sin darme cuenta me hallé pensando qué haría yo.

Nunca me había pasado, normalmente escuchaba un rato las historias de mi abuelo y ya está. Pero aquí quería saber qué iba a hacer el niño, si se equivocaba, si tenía miedo, si encontraba el camino.

Pasé otra página. Y otra.

De repente algo volvió a sonar, esta vez venía de fuera. Me quedé quieto, con el libro abierto entre las manos.

Durante unos segundos pensé que había imaginado la voz. La habitación estaba en silencio otra vez.

Miré hacia la puerta.

—¿EVE? — pregunté, un poco más bajo de lo que me hubiera gustado.

No hubo respuesta inmediata, pero una voz se escuchó por el pasillo.

—Esos objetos generan preguntas que no podemos controlar.

—¿Preguntas? —murmuré.

Bajé la mirada del libro. El niño seguía perdido, dudaba si seguir el sonido del agua o escalar una colina desde la que ver cuál sería el mejor camino. No era una gran decisión, pero ¿y si elegía mal? ¿Y si el río lo llevaba más lejos?

Pasé la página sin darme cuenta.

—La respuesta puede ser proporcionada directamente —dijo la voz desde fuera. No parecía enfadada, solo segura.

—Pero... —dije en voz baja, sin saber muy bien a qué estaba respondiendo—. Entonces la historia ya está decidida, no tiene que pensar nada, ni equivocarse, ni probar.

De repente, lo entendí todo. Cerré el libro despacio. A mi alrededor había cientos más. Historias diferentes, caminos distintos, personajes de todo tipo.

Fue aquí cuando entendí la frase de mi abuelo.

En ese momento la luz de la habitación parpadeó.

Una vez, luego otra, cada vez más fuerte.

—Objetos innecesarios detectados —dijo la voz.

Sentí un cosquilleo en el estómago. Miré los montones de libros de mi alrededor y de repente tuve la sensación de que no querían que estuvieran allí.

El suelo de la habitación comenzó a parpadear.

Entonces... Abrí los ojos.

La luz entraba por la ventana de mi habitación.

Durante unos segundos me quedé tumbado, mirando al techo.

La nieve seguía cubriendo el jardín de Hawthorn House igual que la noche anterior. Todo estaba en silencio, o casi.

Desde el pasillo se podía oír el suave pasar de las páginas. Era mi abuelo. Me incorporé de la cama y salí de la habitación.

La biblioteca estaba exactamente donde siempre había estado.

Mi abuelo estaba sentado allí, como todas las mañanas.

Ni siquiera levantó la vista al principio.

Me quedé en la puerta unos segundos observándolo.

Luego, entré despacio.

—Abuelo... —dije.

Barry levantó la mirada por encima de las gafas.

—Buenos días. Owen.

Miré a mi alrededor.

Ahora la biblioteca me resultaba mucho más bonita que antes.

Finalmente volví a mirar a mi abuelo.

—¿Me...prestarías uno?

Durante un segundo pensé que iba a hacer alguna broma o preguntarme si estaba seguro.

Pero no lo hizo.

Solo sonrió y volvió a pasar una página.

Adriana